

Raúl Silva Castro.

## LA NOVELA COMO DESTRUC- TORA DEL HEROISMO

**D**ESDE la revolución del 26 de Julio he oído con insistencia una candente pregunta, dirigida principalmente a los hombres de pluma. Esta pregunta, que tiene muchos matices diferentes según sea quién la pronuncie y sobre todo según sea el que la oiga, podría formularse más o menos en la siguiente forma: «¿Qué transformación ha debido experimentar el espíritu chileno para soportar durante cuatro años sin queja aparente y valedera un estado de cosas que repugnaba a casi todas las conciencias?» Los que así interrogan indican implícitamente que habrían esperado otra reacción de las minorías pensantes de Chile. Habrían esperado, por ejemplo, locas rebeldías que se hubiesen asilado en las barricadas, gestos de heroísmo y de voluntaria aceptación del martirio, fuerte y erguida protesta contra el mal y el infortunio político. La fría actitud escéptica de nuestros días parece fruto de una moda. Los hombres se han hecho más deportivos y han reemplazado voluntariamente las luchas antiguas, de la tribuna y de la prensa, por las cómodas competencias del estadio. Menos ideas y mejor salud parece ser el imperativo de una época apta para sufrir todos los yugos. El hombre que perora, se agita y trata de agitar a los demás mediante la acción del contagio ideológico,

parece ya un bicho raro. Hay en él el desplante de los revolucionarios del siglo XIX, que atravesaron toda la centuria delirantes y febriles. Esta figuración es tan valedera para Europa, donde Ortega y Gasset ha proclamado la decadencia de las revoluciones, como para Chile. Chile también ha tenido un siglo XIX encendido y furibundo, de pasiones caldeadas al rojo y de contiendas constantes. La revolución de la independencia no cesó en 1818: dejó una estela de fervor inquieto que se prolongó hasta 1891, donde tuvo un último brote de bravura. A lo largo de esos años, bajo una normalidad a veces más aparente que real, ha latido siempre una inquietud política. Los escritores y poetas eran hombres de barricada que no temían llevar sus ideas políticas a sus versos y a sus discursos. Recorrer la producción literaria de esos años lleva de la mano a revisar la historia de los hechos sociales y hasta de las alteraciones del Gobierno de la República. Nada más ajeno a los hombres del siglo XIX chileno que la torre de marfil en que después se han complacido algunos escritores en hallar su aislamiento y cobijar su cobardía.

Pero hay, entre muchos, un antecedente curioso que, a mi juicio, podría explicar, en parte, estas actitudes contrapuestas, prescindencia en estos años, intervención—desorbitada si se quiere—en los del siglo XIX. ¿Qué leían los hombres del siglo pasado? ¿Qué leen los hombres de hoy? Y al decir qué lee un hombre creo que se toca un lado íntimo de sus predilecciones y de sus inquietudes. No se lee—salvo el caso del crítico, que tiene obligaciones profesionales—todo lo que aparece. Se lee, en cambio, para adherir, en una forma u otra, a lo leído. La lectura es un hecho de activa participación en el cual ha de reconocerse a cada instante una predilección interior, una pendiente determinada hacia una manifestación literaria precisa. Pues bien, el hombre del siglo XIX leía todavía a los clásicos griegos y latinos, en los cuales abundan las leyendas

heroicas. El hombre de nuestro siglo—no importa que haya nacido dentro de los linderos de la centuria pasada—lee, en cambio, novelas... La diferencia salta a la vista. Los clásicos cuentan hazañas de hombres como dioses, para los cuales la bondad y la justicia dominan todo, y particularmente el egoísmo y la cobardía. Cantan aventuras en que se arriesgan situaciones y hasta la existencia misma. Loan el heroísmo y la sinceridad, el placer y el dolor de triunfar del destino y de los hombres (1). Son, en fin, una invitación a la vida heroica, al peligro y a la dominación. La novela, producto burgués de las ciudades y manifestación coetánea del maquinismo, sigue una huella distinta, opuesta acaso. La novela es la narración de destinos vulgares, la sublimación de anhelos minúsculos y casi siempre desprovistos de trascendencia. De su ámbito se exhala un aire de intimidad y de recogimiento en el cual se trasunta la vida vulgar. A veces me reprocho leer novelas lo mismo que pudiera reprocharme—si tuviera esa costumbre—mirar por las cerraduras. Me parece que ando a la caza de intimidades, de menudos hechos de alcoba. Creo cruzar otra vez los viejos patios de las casas en que viví en la infancia, patios aromados por las flores y los racimos en el verano, húmedos de zozobra y de lluvia en el invierno. La novela es un cortejo de sombras domésticas, destinado a limar las aristas de la rebeldía y que invita a cada instante al renunciamiento.

Se me dirá que limito absurdamente las lecturas de nuestros abuelos y padres cuando digo que sólo leían

---

(1) Los hombres que hicieron la revolución de la Independencia de Chile eran, por ejemplo, asiduos lectores de Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* corrían de mano en mano en las viejas casas nobles de Santiago. Hoy en materia de biografía se ha hecho costumbre leer una ralea de biografías noveladas que persigue abatir la nobleza humana y probar al hombre medio que los héroes y los grandes conductores de muchedumbres tenían defectos... ¡Triste sabiduría! En cambio se pierde el valor ejemplificador que tiende a conocer los detalles de una vida grande, apabullada por una granizada de anécdotas que parecen destinadas a probar que ya no debe haber grandeza. La dominación de la burguesía, que es la clase envidiosa por definición, no podía haber producido otro resultado.

a los clásicos griegos y latinos. Lo reconozco. He sido olvidadizo. También leían folletines y algunos dramas románticos en que triunfa la virtud y se castiga el vicio con extraordinaria severidad. En los primeros despuntaban las luchas sociales que luego hemos visto enredarse en una inestricable madeja. ¿No hay en cada folletín una mujer humilde engañada por un marqués o conde—sin título pomposo no hay folletín—que mancha su cuerpo, pero no logra doblegar su alma? Después de muchas peripecias, de algunas anagnórisis convencionales y de otros obstáculos, esa mujer despreciada consigue, a veces en su lecho de muerte, reparar su nombre y legar la herencia de una virtud herida, pero no vencida a los hijos de su amor. Los dramas románticos también emplearon estos procedimientos para engañar a sus lectores u oyentes. Arrojan sombra sobre un tipo de seres para ensalzar a otros. A veces llevan a la escena la muerte en duelo, el violento desanudarse trágico de problemas ante los cuales no se puede hallar acomodo fuera de tales exageraciones. Finalmente, en unos y otros, los hombres se juran pasiones eternas y proceden guiados por convicciones duraderas y nefastas. El adolescente que ama promete amar hasta la tumba. La mujer que se sacrifica dice que la vida no le importa. Los ideales cruzan la escena o las páginas del folletín como descargas de artillería. Y como los tiros no son de fogueo, hay muertos y heridos.

También conviene mencionar entre las lecturas de nuestros antepasados esos apóstrofes líricos, esas declamaciones entusiastas, esas tiradas de rima estruendosa, que hicieron su agosto en el siglo XIX. Los poetas se sentían mesías y querían interpretar la voz de los muchedumbres. Cantaban a la imprenta y al mar de roncadas iras, a la libertad y a la fama, a la gloria y a la patria. Mostraban al hombre inclinado siempre al sacrificio y a la apoteosis. En un escenario en que se manejaban habitualmente los rayos y en que las potencias ce-

lestes no se desdeñaban de intervenir junto a los humanos, había grandeza. El hombre se contagiaba con el espectáculo, y en verso prometía llegar a la muerte por la libertad. En verso también le respondía esta última, o la fama o la gloria o la inmortalidad, y ceñía sus sienes con una corona de inmarcesible laurel.

¿Cómo es posible que con estos estímulos los hombres mantuvieran el apartamiento de las luchas cívicas, si es que alguna vez se sentían tentados de abandonarlas? Había una colaboración estrecha entre la literatura y la barricada. La primera era un anuncio de la segunda y luego era su comentario. ¿Cuánto periclitó todo esto? Difícil sería precisarlo; lo que sí se puede decir, sin temor a errar, es que ha periclitado muy claramente. Los poetas de hoy cantan cosas muy distintas y usan un tono más doméstico, más casero. Generalmente se ocupan sólo en sus amores y no hacen de éstos una cosa trascendente sino un asunto de fuero íntimo, que sólo por condescendencia acceden a explicarnos. Sus amores, por lo demás, se han reducido. Antes, en el buen tiempo de las revoluciones, los poetas amaban su hogar y en él particularmente a sus mujeres y a sus hijos, pero también amaban la patria, el heroísmo y la libertad. Hoy nuestros poetas han concentrado sus afectos sólo en sus mujeres, a las cuales llaman amadas o hermanas. Hay asimismo modalidades diferentes, y mientras algunos de estos poetas aluden a los hechos íntimos de su vida con evidente complacencia, otros más avanzados los celan con rigor. Parecen más pudorosos.

He visto no pocas veces llamar *epopeya burguesa* a la novela. A mi juicio es una denominación errónea. La epopeya supone el culto del heroísmo y de las virtudes nobles del hombre, ya presentando a éste en un estado de exaltación apropiado a las luchas guerreras, ya animado por los dioses mismos que le dan ejemplos

(1). La novela, como fiel reflejo de la vida de la burguesía, muestra la sujeción del hombre de hoy a todos los hechos exteriores—instituciones y costumbres, prejuicios y manías sociales—que están destinadas a limitar sus vuelos y a encerrar sus actos en un estrecho marco de rutina y de renunciación. Llamar héroe al personaje de la novela sólo puede pasar como figura de lenguaje, así como tampoco deberían llamarse peripecias los minúsculos incidentes que forman su trama. La epopeya es el fruto literario de una época en que no había límites claros entre el hombre y el superhombre o el semidiós. La novela es, en cambio, la traducción literaria de una era que ha reducido el heroísmo a la condición de viejo cachivache y que abomina del arrebató, de la lucha ideológica y del entusiasmo por la cosa pública. Más todavía: no son pocos los novelistas que han hecho la sátira de la intervención del hombre medio en los hechos de gobierno y que de este modo han soldado un nuevo eslabón en la cadena de sujeción.

Los hombres que anhelan, pues, la libre intervención del ciudadano en todos los actos del gobierno de los pueblos, harían bien en acordarse de renovar el elenco de las lecturas del hombre medio. No es ambiente propicio para mantener las virtudes heroicas el que se exhala de las novelas al uso. La burguesía es la clase que ha hecho abstracción del heroísmo para conquistar derechos y posiciones; el único heroísmo que le reconozco es el de la renunciación, y como tal es un heroísmo de tono negativo y de carácter a menudo vergonzoso. La burguesía rumia su pan en paz y pide

---

(1) *La Ilíada* y *La Odisea* parecen los ejemplos más claros. La primera canta la cólera de Aquiles y muestra a cada paso la intervención de los dioses en los asuntos humanos; la segunda cuenta las astucias de Ulises en su peregrinación por las islas y los combates de los caballeros que pretenden la mano de la mujer que aquél ha dejado abandonada. Los dos poemas son una formidable invitación a la vida heroica, y uno de sus resortes retóricos más poderosos es sin duda la elocuencia.

a todos los hombres que la imiten y que la dejen gozar eternamente de la paz y del succulento egoísmo que son sus divisas. Su creación literaria típica, la novela, las formas de asociación que busca y desarrolla, el estilo de su intervención en la cosa pública prueban que ha amputado con rigor las virtudes heroicas y viriles para conservar, en cambio, los instintos moderadores, el tino y la discreción. Y con ese bagaje se puede ir al asalto de empleos, se pueden elogiar los gobiernos de fuerza, se pueden explicar todas las claudicaciones. Pero no se puede construir una patria.